

Carta de Lord Edward Simons, Oxford Street, Londres, a Mr. Charles Benington, Rue
Montmartre, París, Francia.

18-04-1831

Querido Charles:

Me encantó recibir noticias tuyas acerca de la mejoría de salud que has experimentado en este tiempo que tengo sin verte, y espero sinceramente que mejores del todo. Sería fantástico, que superaras tus dolencias físicas y pudiéramos disfrutar nuevamente de tu presencia en Londres con prontitud. Yo, sin embargo, sigo siendo el mismo anciano decrepito y con salud quebrantada que viste por última vez el día en que nos despedimos en el puerto de Plymouth, cuando aun estabas aquejado de la enfermedad que te sobrevino el año pasado. Pero déjame que te recuerde, querido amigo, que son ya casi diez décadas las que tengo, y aunque me siento contento con mi longeva naturaleza, mi reloj interno me recuerda con exactitud que el tiempo que se me ha otorgado ha sido generoso y suficiente, y no me queda demasiado para la despedida. Permíteme, llegados a este punto, pasar aquí a relatarte el verdadero propósito por el cual te escribo esta carta, apelando a nuestra inmejorable relación e íntimo trato. Tanto tú como yo poseemos la responsabilidad del fideicomiso con respecto al cuerpo de la herencia que mi hermano y su amada esposa dejaron al morir a mi sobrino Ernest, al que le falta muy poco para alcanzar la mayoría de edad. Pues bien, estoy por la labor de dejarle al muchacho el grueso de mi capital, y consistiría un placer inimaginable que llegado el día, estuvieses presente. Además, pretendo ser, si me permites, beneficiario de mi antiguo compañero y estimado camarada al que tengo la dicha de escribir.

Supongo, que adivinas el cariño que le profeso al querido muchacho, se puede decir que he volcado sobre él todo el amor paterno que nunca les di a mis propios hijos, al no tener esa suerte en la vida. Ernest ha sido mi única familia durante largos años y hemos trabado un fortísimo vínculo de unión, quizá más arraigado que el que existe entre un padre y su retoño. Es un joven estupendo, que derrocha virtuosidad por todos los poros de su espíritu; prudente; noble; inteligente y de buen corazón con todas las personas que le rodean. Cada vez que pienso en Ernest, no puedo omitir unas lágrimas, viniéndose a la memoria el recuerdo de su padre, al que conociste y trataste durante los años en los que ambos cursabais juntos en Cambridge.

Como buen vástago, es digno de ostentar la fortuna de la familia en su integridad, debido a la honorabilidad y sapiencia que posee. yo hago votos porque este aporte le produzca un desahogo y solaz de su vida, y así continúe sus afanosos estudios de arqueología y de historia en los que va camino de convertirse en una autoridad.

Me complacería tu visita en estos momentos. Espero por ello, que acudas a la llamada, y no dudes en concederle su última penitencia a esta pobre sombra de lo que, un día, fue tu amigo Edward.

Carta de Charles Benington, Rue Montmartre, París, Francia, a Lord Edward Simons, Oxford Street, Londres, Inglaterra.

25-04-1831

Estimado Edward:

Redacto estas pocas líneas, para confirmarte mi partida de regreso a Londres en respuesta a tu petición y deseo, pues nada me sería más gratificante que reencontrarme con mi querido compañero Ed, al que tanto he extrañado en el transcurso de todo este tiempo.

No obstante, ya estoy restablecido por completo, y mi propósito no es otro que el de pasar las horas postreras que me restan al lado de la persona que más admiro y aprecio de cuantas conozco en este solitario mundo. Será un honor poder servir al joven Ernest, que demuestra tanta prudencia y virtud como su difunto padre, magnífica persona que nunca olvidaré.

Sin más demora, me despido aquí para poder preparar mi marcha con la mayor celeridad que me sea posible.

Un fuerte abrazo
de tu viejo y fiel amigo Charles.

Diario de Lord Ernest Simons

Castillo de Cachtize, 1 de septiembre 1835. Partimos de Londres hace dos semanas, y llegamos a Budapest la noche pasada, después de un trayecto agradable. Deberíamos haber

hecho el viaje en un intervalo más reducido, pero Catherine quería admirar el paisaje y la cultura de las regiones por las que nos hemos conducido durante el itinerario. Progresivamente, he caído en una especie de estado de perplejidad paranormal, pues conforme nos alejábamos de Inglaterra y nos adentrábamos aquí, en el corazón de Europa, parecía que dejábamos atrás la civilización moderna y volvíamos a los albores de la humanidad, el Imperio Austro-Húngaro es un brumoso y bárbaro país que fue agregado al Imperio Romano en época de Augusto como provincia de Panonia, pasando después a estar habitado, cuando cesaron las migraciones, por germanos y hunos.

Actualmente, sigue siendo muy retrasado y salvo algunas ciudades, no cuenta con apenas núcleos de importancia, sin embargo hay desperdigadas curiosas aldeas, llamadas Tanyas, circundadas de tierras de cultivo, las Alföld, que se sitúan en la Puszta o Gran Estepa Limosa formadas por las cuencas de los ríos Tisza, Rába y por el ilustre Danubio. De estas aldeas antes mencionadas, nacen unas carreteras de considerable tamaño que van hacia el exterior y cuyo único uso es el transporte de ganado. Éste constituye junto con la producción de un licor denominado Tokay y la masiva siembra de trigo, la casi exclusiva fuente de ingresos de la nación, aunque también podríamos mencionar los yacimientos de carbón y bauxita.

La población está integrada por una minoría formada de alemanes, rumanos, croatas y eslovacos, y por la mayoría austro-húngara, descendiendo dichos últimos de las tribus magiares colonizadoras de estas rocosas e inhóspitas tierras. Su raza por lo que he podido ver, está entre los rasgos dináricos y los de tipo anatolio dando lugar a discrepancias notables, por ejemplo, debe constar, que sus facciones a simple vista redondeadas y con ojos rasgados, guardan, a contradicción, cierto encanto y personalidad vistos de cerca. Su lengua, el húngaro, es originaria del uraloaltaico además de estar emparentada con el finlandés.

Con respecto a su folklore, se expresa sobre todo a través de la música, en particular por las canciones campesinas y danzas populares, conocidas como czardas.

Este país, en el que voy a vivir durante algún tiempo, tiene por límites: al oeste Los Alpes, cuyos contrafuertes llegan hasta el territorio húngaro; al sur la cadena de Los Balcanes; y al norte y nordeste Los Tatra y Los Cárpatos, donde encima de un promontorio rocoso y elevado, en plena zona eslovaca, está enclavado el Castillo Cachtice, parte del legado de la nada despreciable fortuna que mi añorado tío Edward me dejó a su muerte, acaecida hace ya cuatro años.

Llegué hace pocas horas en un carruaje, en compañía de mi esposa, y quedé impresionado con el lugar. El edificio es una construcción antigua, que debe de datar al menos del siglo XV, alta y soberbia, que domina con su largo alcance las vastas y hermosas tierras que la rodean. Está construido a partir de piedra gris y el paso de los siglos no ha mermado en absoluto su grandiosidad, sino que, muy al contrario, lo dota de una deliciosa exquisitez digna de mención.

Tampoco quiero omitir la existencia de una construcción mortuoria muy extensa y siniestra que me ha proporcionado una interesante aventura a los pocos minutos de mi llegada, demostrándome la capacidad de fanatismo supersticioso que generaliza el carácter de los aldeanos vecinos: aun no habíamos deshecho las maletas ni Catherine ni yo, cuando un murmullo continuo y perturbador vino a llamar nuestra atención, despertando la curiosidad de ambos. Una agrupación de personas que habían subido el pedregoso y estrecho camino de acceso a la puerta de entrada, pretendía realizar, bajo mi permiso, un ritual cristiano dentro del voluminoso panteón familiar del castillo. Al principio, no comprendí lo que pretendían, y por miedo a que llevados por su torpeza rompieran algún objeto de valor histórico, me encogí de hombros y ladeé la cabeza a modo de desacuerdo, hecho el cual no pareció desanimar su obstinación ya que mientras que proseguían suplicando, los del fondo encendían unas antorchas para protegerse de las tenebrosidades del mausoleo. Entonces, uno de ellos se me acercó, comenzando a parlotear en inglés vacilante salpicado perceptiblemente de un siseo eslavo algo reiterativo. Creí vislumbrar en sus ojos cierto atisbo de horror y desasosiego, y alzando las manos al cielo rodeadas por un rosario carmesí, exclamó:

~ ¡Oh, joven señor, déjenos hacerlo, por amor al cielo!

- ¿Y cuál es la necesidad tan imperiosa de ustedes? - (Pregunté picado de curiosidad)
- Nosotros no queremos hacer nada malo, joven señor, sólo pretendemos ahuyentar a los que nunca descansan.

Esto último, pereció ponerlo muy nervioso y pálido, sus compañeros comenzaron a apolonarse unos contra otros al igual que un rebaño acorralado. A continuación, les pregunté por la naturaleza del ritual, y obtuve la siguiente respuesta:

- ¡Oh señor! Si usted fuese tan amable, nos gustaría abrir una tumba para rociar con agua bendita un cadáver que hay dentro y colocarle estos amuletos encima del cuerpo. (Dijo esto sacando un matojo de plantas y flores extrañísimas)
- ¿Y qué cadáver es ese, y quiénes son los que nunca descansan, si puede saberse?

Evidentemente era este el tema que los mortificaba hasta lo más profundo de sus almas, pues aquel pobre hombre perdió la cordura durante unos instantes en los que solamente atinaba a santiguarse y besar su rosario.

- Caballeros, - dije bastante molesto- están olvidando que se encuentran en una propiedad privada, y esos son restos históricos que pueden servir de estudio futuro. Les pido, por favor, que esperen al menos un tiempo prudencial, llegado el momento quedaré satisfecho de complacer cuanto me pidan, siempre que entre dentro de las leyes de lo comprensible.

Comenzaron a salir muy desilusionados y asustados en tropel, caminando presurosos de regreso a sus hogares, y haciendo yo lo propio, cuando de repente, sentí una mano aferrada a mi hombro. Giré para ver al pueblerino entrado en años, que sabía inglés, señalándome con un dedo acusador:

- Señor, usted es un muchacho joven, por eso quizá no conozca lo terrible de algunas pasiones y la crueldad del destino. Hay espíritus condenados a errar y no descansar de sus anhelos pasionales, tenga cuidado, las garras de la muerte tienen un poder implacable de largo alcance. Hay en este mundo calamidades que ni siquiera la tumba puede detener.

Terminada su advertencia me dio la espalda y siguió descendiendo por el sendero, yo mientras tanto meditaba sobre el enrevesado círculo de la vida.

Castillo de Cachtice, 6 de septiembre 1835. Me veo en el deber de ordenar la andanada de circunstancias acaecidas en las últimas horas por la obligación de autoreconvenirme acerca de mi naturaleza humana, pues como persona sensata y ladina, tengo el compromiso social de no sumergirme con credulidad en las simples percepciones visuales que, al igual que las demás sensaciones corpóreas, están intrínsecamente ligadas a la debilidad susceptible del sujeto material.

Debió ser alrededor de las cuatro de la tarde, yo estaba inmerso en un tremendo alborozo contemplando unos documentos del castillo que había encontrado, cuando vinieron a devolverme a la realidad unos golpes suaves procedentes del exterior del despacho. John estaba tocando la maciza aldaba de la puerta y respondió a la invitación con una reverencia cortés de su deteriorada figura. Levanté la vista más allá de mis lentes y me fijé en el estado alarmante y escorbútico en que se hallaba. Varias veces, intentando aparentar lo contrario, se pronunció

ampulosamente, sin embargo, conocía bien aquellos ojos grises taciturnos, y zahiriendo con la mayor cortesía que pude, le ofrecí asiento y una taza de té caliente.

- Señor, es usted realmente generoso- (dijo mientras contemplaba el fuego que crepitaba en el hogar de la chimenea) – Vengo algunos días resintiéndome un par de achaques molestos, acompañados inmemoriales de un servidor, ya sabe usted.
- ¡Por Júpiter John, no tiene por qué esforzarse de ese modo! Usted mejor que nadie sabe lo peligroso que puede resultar desdeñar así la salud, máxime aun teniendo orden precisa del doctor de descansar- (Estuvo a punto de contestar a esta parrafada, tan leal es el pobre John, pero me aventuré a cambiar de tema de conversación hablándole de mi reciente descubrimiento) – Mire esto, es el plano del arquitecto que construyó el castillo, una auténtica joya, ¿no cree?.
- ¡Qué me aspen sí lo sé, señor! Yo no siento animadversión hacia estas cosas, mas no comprendo de planos o edificios.
- Por cierto John, ¿acaso no habrá oído mencionar a los pueblerinos alguna historia referente al castillo?
- La verdad es que no gran cosa, aunque he podido observar que los campesinos de por aquí no sienten la más mínima simpatía por la historia del castillo ni por la de la familia.
- Sí, eso mismo juraría yo, me dejó bastante desconcertado lo que pretendían hacer anteayer en el mausoleo, supongo que participan de la idea de que hay fantasmas o algo por el estilo en el lugar.
- ¡Ah, sí, lo olvidaba! – (Dijo mi interlocutor acordándose de algo) – Señor, un campesino me refirió en pocas palabras que en el sótano hubo en otra época un calabozo donde torturaban y asesinaban a una buena cantidad de víctimas.

Imagínese el lector mi placer al oír la novedad. Esta existencia de un calabozo con instrumentos antiguos dedicados a la tortura suponía motivo de satisfacción insuperable, siendo como soy un arqueólogo e historiador joven. Me puse en pie, deleitándome ante mi suerte.

- John, ¿querrá usted acompañarme a encontrar la entrada a dicho habitáculo de infortunios y horrendas escenas del pasado?
- Lord Simons, puede que yo sea persona poco lúcida, y discúlpeme, pero no veo necesidad de entrar en un lugar semejante. Preferiría no ir, a menos que usted me necesite, en tal caso puedo... acompañarle hasta la puerta.
- Sólo hasta la puerta, sólo hasta la puerta, es lo único que le pido, si consiente en venir, claro está. – (Dicho lo cual asintió no sin cierta aflicción en sus maneras)

Nadie había entrado durante siglos en la cámara de la tortura, y ya que disponía de todo el tiempo del mundo, decidí realizar una inspección al detalle, apuntando cuanto me fue posible en el cuaderno de notas. John, por su parte, al discernir que éramos los únicos visitantes en aquella penumbra, se mostró muy hablador y espasmódico. En un ángulo, pendiendo sobre la punta de una pirámide se alzaba la cuerda sujeta por la fatídica polea, que al perder la resistencia dejaría caer precipitadamente el cuerpo de una persona, que terminaría clavándose el cruel aguijón de la cuna de judas. Después de tanto tiempo, teniendo una capa de mugre posada en ella, y aunque se ha apaciguado a la par que el abandono del hombre, sigue poseyendo en su retentivo espíritu visibles recuerdos que se guarnecen en la espantosa soledad. La escasa proyección que arrojaban las antorchas suspendidas agitaba las sombras fugaces, el rastro rancio de polvo y las manchas de sangre salpicada en derredor, testigos del dolor y del miedo. A solas, aun se tornó aquella estancia incluso más horripilante, acompañada de su presencia penetrante y de aquellos ruidos fantasmagóricos, que flotaban en el aire estancado y bascoso. Volcados por el suelo, se acumulaban diversidad de utensilios tales como embudos, con los que se procedía a ahogar a las víctimas; horquillas de hereje; sillas de pinchos; potros con el fin de estirar lenta e inexorablemente las extremidades, provocando una sistemática dislocación de cada coyuntura del cuerpo; látigos; peras, que tras ser forzadas por la boca u otros orificios mutilaban la cavidad

con las puntas de los segmentos, forzados por un tornillo hasta su apertura máxima, o anchas sierras de doble mango con las que la víctima invertida boca abajo no perdería la conciencia hasta que el instrumento no le traspasase el ombligo, y en el centro del escenario habían colocado una bañera ovalada y profunda de la que se me escapó su utilidad. Entonces, fue cuando pisé una loza hecha de madera que crujió bajo mi peso, advirtiéndome el propósito del enclave. La levanté, y su olor, el olor de miles de cadáveres concentrados en un mismo lugar, corroídos por el tedio de centenares de años, me sumió en un estupor de ensoñación emocional: La magnitud evanescente de la luna resaltaba indefectible en una dudosa noche atormentada; el resuello de la ventisca bramaba conturbado en la cúpula insostenible y turbulenta de un erebo infinito de estrellas pálidas y sin vida; caminé en dirección al mausoleo familiar; la puerta giró sola hacia el interior y un conjunto de llamas vacilantes brotó del techo arcado. A mis lados las tumbas selladas guiaban en pasillo a una dependencia cuadrangular cuyo único contenido se levantaba en el centro, ornamentado y de mal agüero; me acerqué ofuscado, debido a la impresión que supuso ver la fecha, 1614, grabada sin ningún nombre; debajo podía leer la leyenda: "Condenada en vida. Maldita por siempre". Un terror atroz se apoderó de mí intensamente; retrocedí antes de dar de bruces en el suelo mientras se me desprendían gotas de sudor por las heladas sienes y el corazón parecía querer estallar. Temblé de miedo, de un miedo espeluznante; formas blancuzcas de seres de bruma gélida y llenas de confusa luminosidad comenzaron a pasar sobre mi cabeza, impulsadas por el grotesco poder de un hechizo perverso y espantoso, cercando la tumba maldita. Un sonido aterrador me llegó a través del aire; ¡la tapa de la cripta se estaba levantando; la mente me enloqueció de terror y una mano temblorosa se apareció de nuevo en el mundo de los vivos!

En breve, volví a tener conciencia de la realidad y descubrí que en todo aquel tiempo no me había movido de la cámara de la tortura. A duras penas conseguí regresar a mis aposentos. ¡Dios santo, será acaso verdad que todo lo que pasó fue solamente producto de la imaginación!

Después de un sobresalto como el que tuve hace dos semanas, lo lógico hubiese sido un reposo absoluto por mi parte, repantingado en un cómodo sofá y dejándome agasajar con las atenciones bienintencionadas que los demás ofrecían complacientemente. No obstante, a mi esposa se le ocurrió adelantar unos negocios pendientes a modo de distracción temporal. Llegamos a Pilsen hará unos ocho días, con el propósito de invertir capital comprando una fábrica de cerveza que utiliza el nombre de la ciudad, y que mezclando cebada y lúpulo ha conseguido trocarse en una de las más prolíferas exportaciones de Centroeuropa. La gente que vive en los alrededores, se dedica al cultivo de trigo, centeno, de la vid y por supuesto de lúpulo y cebada. En las afueras vi una fábrica de chocolate de la que, según me han dicho deja al propietario interesantes sumas de dinero.

En Pilsen, he olvidado en parte los acontecimientos y las trapacerías ocasionadas en mi pensamiento la noche fatídica. Intento realizar pesquisas introspectivas, evocando la claridad de

reminiscencias puntuales, para entresacar la verdad de la maraña oscura de dudas que están intrínsecas a los acontecimientos.

Ahora he subido a la diligencia tras un alto en el camino de regreso, y desde esta relativa distancia ya puedo ver los Beskides y el grupo de los Tatra, que aparentan querer abatir a un sol que se consume ahogado en el horizonte purpúreo. Me imagino como las adustas almenas del castillo se recortan en el cielo temible y fabuloso de mi pesadilla, a la vez que el brutal aullido de los lobos infiere en el universo de leyenda sangrienta que se ha introducido en nuestro mundo.

Diario de Lord Ernest Simons

Londres, Inglaterra. Cuando el día llega a su fin y se apodera del mundo el telón onírico de los sueños, las almas que al igual que la mía se han hallado complicadas en situaciones irregulares, tienen frecuentemente en su memoria durmiente secuencias nada comunes a vistas de las facultades analíticas. A los deseos y anhelos les acompaña o se les superpone, a menudo, engaños fascinantes y estrambóticos provocadores de un suplicio delirante, que sólo resulta para el individuo en cuestión un detestable castigo de la moral. Es curioso comprobar como puede un sueño imaginado por alguien de naturaleza sensible ir penetrando poco a poco en los asuntos de los hombres, moldeando su concepción irreal hasta convertirse en algo más palpable y sombrío. Yo padecí el grave tormento de una depravada perversión de la adversidad. En un principio todo sucedió limitado en un sueño, pero pronto alcancé a comprender la dimensión premonitoria que poseía:

La magnitud evanescente de la luna resaltaba indefectible en una dudosa noche atormentada; el resuello de la ventisca bramaba conturbado en la cúpula insostenible y turbulenta de un erebo infinito de estrellas pálidas y sin vida; caminé en dirección al mausoleo familiar; la puerta giró sola hacia el interior y un conjunto de llamas vacilantes brotó del techo arcado. A mis lados las tumbas selladas guiaban en pasillo a una dependencia cuadrangular cuyo único contenido se levantaba en el centro, ornamentado y de mal agüero; me acerqué ofuscado, debido a la impresión que supuso ver la fecha, 1614, grabada sin ningún nombre; debajo podíase leer la leyenda: "Condenada en vida. Maldita por siempre". Un terror atroz se apoderó de mí intensamente; retrocedí antes de dar de bruces en el suelo mientras se me desprendían gotas de sudor por las heladas sienes y el corazón parecía querer estallar. Temblé de miedo, de un miedo espeluznante; formas blancuzcas de seres de bruma gélida y llenas de confusa luminosidad comenzaron a pasar sobre mi cabeza, impulsadas por el grotesco poder de un hechizo perverso y espantoso, cercando la tumba maldita. Un sonido aterrador me llegó a través del aire; ¡la tapa de la cripta se estaba levantando; la mente me enloqueció de terror y una mano temblorosa se apareció de nuevo en el mundo de los vivos!

Noches enteras, durante semanas, durante meses, el sueño aquel acudió con regularidad para introducirse de rondón en mis pensamientos. A veces, su desarrollo variaba en particularidades ínfimas, otras volvía con su originalidad intacta, y sin embargo, el resultado siempre era el mismo. Cierta noche recuerdo que tras entrar en el mausoleo de los Bathory y llegar a la sala maldita, los espectros ondulantes habían desaparecido, las paredes comenzaban a sangrar como si tuviesen heridas, y cuando el sacrílego elixir tocaba la tumba, ésta se abría de nuevo, y la mano huesuda salía al exterior. Del interior, esta vez, venían palabras estrañadas y penosas que me agitaban aun sin comprender lo que querían significar.

En el definitivo capítulo en que contacté con esta experiencia, me había quedado a contemplar las hermosuras radiantes del jardín que teníamos en la sección delantera de la mansión. La

temperatura bajaba por momentos, yo me senté en un banco de madera y mis párpados terminaron venciendo la resistencia que les opuse.

Desperté, las luces seguían siendo fantasmales y tenues, un grupo de nigromantes incommovibles encapuchados rezaban embelesados en torno a la cripta sin nombre, y con el ánimo deshecho me limité a refugiarme en una esquina, contraído de terror; de cada tumba salía humo blanco, condensado más tarde en figuras menudas, cuyas caras chupadas no tenían rostro mortal; alzaron las manos mascullando gritos retorcidos; la sangre brotaba; la tapa se levantaba fatigosamente y una mano volvía entre los vivos, se aferraba al borde y surgía de la oscuridad una mujer muerta, un ser sobrenatural que me miró fijamente a los ojos. Dio un pequeño paso hasta mí, después otro, y a continuación le siguió un tercero, acompañados del frufrú sedoso de su sudario sangriento.

Desperté, había soñado, o quizá no. Volví a entrar en el castillo y al haber subido las escaleras que daban al dormitorio, un vuelco se me produjo en el corazón al ver el reguero de sangre caliente que se extendía hacia el cuarto para el aseo. Entré allí, en el suelo había un cuerpo de una muchacha joven tirado, decapitada por un hacha de doble filo, y en la bañera, limpiándose la piel mediante el fluido que emanaba del cuello de mi añorada Catherine, estaba la mujer muerta de la tumba maldita, apaciguando su sed eterna por la sangre viva.